

BERARDI, ALBERTO (2008): *IL DIRITTO E IL TERRORE. ALLE RADICI TEORICHE DELLA FINALITÀ DI TERRORISMO* (PADOVA, CEDAM) 206 PP.\* \*\*

Escrito en Padua, sede intelectual de las *Brigate Rosse* y escenario de sangrientos episodios terroristas, este libro es una investigación sobre el concepto jurídico de “terrorismo” en la legislación, doctrina y jurisprudencia italianas.

El autor comienza analizando los tres elementos esenciales de la figura del “terrorismo”: la finalidad política, un uso particularmente despiadado de la violencia, y la difusión del terror manipulando los medios de comunicación. Sobre esta base, distingue la “finalidad terrorista” de la “subversión del orden democrático” como dos objetivos distintos y separables. De estos, solo el segundo puede ser calificado como “delito político”, respecto del cual, según la Constitución italiana, no cabe solicitar la extradición. La controversia entre Italia y Brasil a propósito del terrorista Cesare Battisti surge precisamente de esta distinción. El problema central es, entonces, la politicidad del terrorismo.

El libro es un articulado recorrido a través de cuatro conclusiones provisionales o “interlocutorias”, método adecuado a la radicalidad de las conclusiones finales, que exigen mostrar la consistencia del razonamiento y la insuficiencia de las posiciones intermedias. Según el autor, en efecto, la dificultad para comprender el terrorismo no se debe a una inexistente complejidad teórica, sino a la natural repugnancia al mal radical.

El punto de partida es una distinción de su maestro, Francesco Gentile, según la cual el término “política” “*si lascia intendere indifferentemente nel senso soggettivo, come in quello oggettivo*”<sup>1</sup>. En su sentido objetivo, clásico,

se refiere a la vida en sociedad desde una perspectiva global y unitaria; en su sentido subjetivo, moderno, es político todo aquello que se refiere de cualquier modo al Estado (incluso aquello que lo combate). En este segundo sentido, el Estado es un individuo antagónico respecto de las partes que lo componen, con las cuales no puede establecer una relación jurídica porque no tiene nada en común con ellas; es una parte autoerigida en todo, puro poder autolegitimado (p. 53). Pero, siguiendo a Bobbio, este Estado totalitario, lejos de imposibilitar la vida política, es “*la sublimazione della Politica, la politicizzazione integrale dei rapporti sociali*”<sup>2</sup> (p. 55).

Esta es la politicidad que se atribuye el terrorismo, a la que aludía *Potere Operato* diciendo que la lucha había pasado del “*terreno economico-rivindicativo, ad una lotta apertamente politica sul terreno del potere*”<sup>3</sup>, proclamando abiertamente: “*cosa vogliamo? Vogliamo il potere! (...) E non ne vogliamo una fetta, ma lo vogliamo tutto*”<sup>4</sup> (p. 64). El terrorismo es político porque la política significa lucha por la conquista y conservación del poder: primera conclusión interlocutoria.

Interlocutoria, porque viene inmediatamente cuestionada en su base. El enemigo “político” de Schmitt, marco conceptual de esta tesis, es contraparte reconocida con la cual cabe un eventual compromiso; el terrorista, en cambio, lucha contra un enemigo interno con la lógica del enemigo absoluto, que merece la destrucción total, transfiriendo al derecho interno la disciplina de la guerra propia del derecho internacional (p. 70). De allí su rechazo a ser calificado como “delincuente”, exigiendo ser reconocido como legítimo beligerante al que no se aplica el Código Penal.

\* El título de este libro y su contenido no cuentan con traducción oficial al español. Se sugiere la siguiente sobre el título: *El derecho y el terror. Raíces teóricas de la finalidad de terrorismo*.

\*\* El título de este libro y su contenido no cuentan con traducción oficial al inglés. Se sugiere la siguiente: “*Law and Terror*”: *Theoric Roots of Terrorism's Aim*”.

<sup>1</sup> “se puede entender indiferentemente en sentido subjetivo u objetivo”.

<sup>2</sup> “la sublimación de la Política, la politicización integral de las relaciones sociales”.

<sup>3</sup> “del terreno económico reivindicativo a una lucha abiertamente política en el terreno del poder”.

<sup>4</sup> “¿qué queremos? ¡Queremos el poder! (...) Y no queremos un pedazo, lo queremos todo”.

El punto es central. Si el terrorismo “contra el Estado” es un acto político, resulta inmediatamente asimilable a la represión policial, que constituirá terrorismo “del Estado”. ¿Con qué derecho, se pregunta Trotsky, se indigna el político burgués ante el terrorismo proletario, cuando todo su aparato estatal no es más que terrorismo capitalista? (p. 72). El título de “terrorista” es solo una descalificación burguesa al movimiento revolucionario. Siguiendo a Gentile, “*la paventata alternativa politica versus terrorismo diventa gratuita, dato che la sola differenza percepibile dipende dal lato in cui si pone*”<sup>5</sup> (p. 99). Y esta es la segunda conclusión interlocutoria: “*l’equazione tra violenza politica e violenza terroristica è chiaramente insufficiente ad evadere lo sforzo di comprensione del contenuto della finalità di terrorismo*”<sup>6</sup> (p. 73).

Ante esta aporía de la teoría política moderna, la investigación se hace histórica. Una documentada investigación sitúa el origen del terrorismo en la Revolución Francesa y el iluminismo racionalista. El terror pertenece a la esencia de toda revolución, porque nace de la exacerbación excluyente del objetivo que la mueve y de la concepción de la política como lucha por el poder. Tesis que Marx y Engels no dudan en recoger: “*una rivoluzione è certamente la cosa più autoritaria che vi sia, è l’atto per il quale una parte della popolazione impone la sua volontà all’altra parte col mezzo di fucili, baionette e cannoni, mezzi autoritari, se ce ne sono: e il partito vittorioso, se non vuole aver combattuto invano, deve continuare questo dominio col terrore*”<sup>7</sup> (p. 104). Las etapas del proceso, uni-

das como un “*filo rosso del terrore*”, comienzan con el jacobinismo de la Revolución Francesa, continúan en la *Comune* de París, que transformó la lucha armada en guerra civil, y culminan con la revolución bolchevique y la teorización de Lenin. La identidad ideológica de todas ellas consituye la tercera tesis interlocutoria.

El último paso, el más radical, es el principio leninista de la “lucha contra la espontaneidad” de la clase obrera, la cual solo es capaz de lograr concesiones mezquinas que obstaculizan la revolución. Trágica víctima de esta tesis fue Ezio Tarantelli, profesor y dirigente sindical que osó proponer una “*antiproletaria*” y “*demagógica*” reducción del horario laboral. La reivindicación de su asesinato por las Brigadas Rojas no admite comentario: “*tale riduzione è finalizzata a null’altro che l’aumento della produttività, tramite l’introduzione selvaggia della flessibilità, della mobilità, del part-time e del maggior utilizzo del lavoro straordinario, a seconda delle necessità delle imprese*”<sup>8</sup> (p. 142). Según la lección de Lenin, que costó la vida a Tarantelli, no se debe permitir que el conflicto se resuelva de modo autónomo; el revolucionario de profesión debe acentuar la lucha de clases, y para eso debe apartarse del proletariado y de la sociedad. Con el revolucionario de profesión, ha nacido el terrorista. Su rasgo distintivo está en la autorreferencialidad de su culto a la violencia. Toni Negri, profesor padovano dirigente del brigatismo rojo, afirmaba que “*un vero bolscevico è un uomo che ha fatto naufragare la sua personalità nella dimensione collettiva*”<sup>9</sup> (p. 112), y según Necaev “*il rivoluzionario è un uomo perduto in partenza. Non ha interessi propri, affari privati, sentimenti, legami personali, proprietà, non ha neppure un nome. Un unico interesse lo assorbe e ne esclude ogni altro, un*

<sup>5</sup> “la pretendida alternativa política *versus* terrorismo se hace gratuita, dado que la única diferencia perceptible depende del lado del cual se pone”.

<sup>6</sup> “la igualación entre violencia política y violencia terrorista es claramente insuficiente para evadir el esfuerzo de comprensión del contenido de la finalidad de terrorismo”.

<sup>7</sup> “una revolución es ciertamente la cosa más autoritaria que exista, es el acto por el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte a través de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay: y el partido victorioso, si no quiere haber combatido en vano, debe continuar este dominio mediante el terror”.

<sup>8</sup> “tal reducción está ordenada exclusivamente al aumento de la productividad, a través de la salvaje introducción de la flexibilidad, la movilidad, el tiempo parcial y de un mayor uso del trabajo extraordinario, según las necesidades de la empresa”.

<sup>9</sup> “un verdadero bolchevique es un hombre que ha hecho naufragar su personalidad en la dimensión colectiva”.

*unico pensiero, un'unica passione - la rivoluzione. Nel suo intimo, non solo a parole, ma nei fatti, egli ha spezzato ogni legame con l'ordinamento sociale e con l'intero mondo civile (...). Il rivoluzionario è suo nemico implacabile e continua a viverci solo per distruggerlo con maggiore sicurezza*<sup>10</sup> (p. 122)

En la tercera parte, la más interesante, Berardi expone el origen, desarrollo y absurdo desenlace del terrorismo italiano. Más allá del minucioso trabajo con los nombres, divisiones y diferencias doctrinales, es destacable el análisis de los documentos. Porque detrás de la interminable serie que parte con las *Brigate Rosse* y continúa con *Potere Operaio*, *Autonomia Operaia*, *Prima Linea*, *Lotta Continua*, *Avanguardia Operaia* hasta llegar a las *Brigate Rosse-Partito della Guerriglia*, las *Brigate Rosse per la costruzione del Partito Comunista Combattente* y la *Unione dei Comunisti Combattenti*, el autor logra mostrarnos, por una parte, el profundo disenso respecto a las funciones propias y relaciones mutuas del Partido Comunista, de la vanguardia del proletariado y de la masa proletaria, y, por otra, el absoluto consenso respecto del uso de la violencia proletaria. Así, *Lotta Continua* critica el asesinato del policía Calabresi, porque *“l'omicidio politico non è certo l'arma decisiva per l'emancipazione delle masse proletarie dal dominio capitalista”*<sup>11</sup>, pero no lo repudia, porque es un *“atto in cui gli sfruttati riconoscono la propria volontà di giustizia”*<sup>12</sup> (p. 151). A falta de un proyecto político común, los unía un idéntico odio. Prueba de lo

cual es el interesante paralelo con las escuálidas pero no menos brutales organizaciones terroristas de derecha (pp. 180-191): la idéntica praxis demuestra que el problema no era político.

De hecho, el “disenso estratégico” terminó quebrando la escasa unidad doctrinal, precisamente porque la doctrina era pura estrategia de la violencia. A partir de 1980, a medida que se perdía la guerra revolucionaria, los grupos se dividían, el apoyo de las masas se hacía aún más escaso y la colaboración procesual (apoyada en una polémica legislación “premier”) de algunos imputados desmantelaba las últimas organizaciones terroristas, el objetivo “político” (la conquista del poder) se hizo cada vez más lejano, las motivaciones reales más evidentes y las “operaciones” más violentas e irracionales. El estilo algo grandilocuente de Berardi resulta ahora particularmente eficaz: *“Le tre azioni esecutive che per ultime hanno contraddistinto le geste delle Brigate Rosse per la costruzione del Partito Comunista Combattente, da questo punto di vista, appaiono prototipiche ed emblematiche: Roberto Ruffilli, Massimo D'Antona e Marco Biagi, tre persone per bene, uccise perché non facevano altro che il loro lavoro, tre persone assolutamente inermi, che avrebbe potuto ammazzare chiunque, in qualsiasi situazione e senza alcuna gestione da commando di guerriglia, vengono messe sotto inchiesta e poi uccise con modalità da iconografia auto celebrativa, da agiografia dell'esecuzione in armi”*<sup>13</sup> (pp. 162-163). De modo semejante, *Prima Linea* justificó el asesinato del juez milanés Guido Galli acusándolo

<sup>10</sup> “el revolucionario es un hombre que parte perdido. No tiene intereses propios, negocios propios, sentimientos, vínculos personales, propiedad, no tiene siquiera un nombre. Un único interés lo absorbe y excluye cualquier otro, una única pasión, un único pensamiento - la revolución. En lo más íntimo, no solo de palabra, sino de hecho, ha roto todo vínculo con la sociedad y con el mundo civil (...). El revolucionario es su enemigo implacable y continúa viviendo solamente para destruirlos con mayor seguridad”.

<sup>11</sup> “ciertamente el homicidio político no es el arma decisiva para la emancipación de las masas proletarias del dominio capitalista”.

<sup>12</sup> “acto en el cual los explotados reconocen su voluntad de justicia”.

<sup>13</sup> “Las últimas tres acciones que caracterizan las gestas de la Brigada Roja para la construcción del Partido Comunista Combatiente, desde este punto de vista, se muestran prototípicas y emblemáticas: Roberto Ruffilli, Massimo D'Antona y Marco Biagi, tres personas de bien, asesinadas porque no hacían más que el propio trabajo, tres personas absolutamente indefensas, que podría haber matado cualquiera, en cualquier situación y si ningún tipo de planificación de grupo de guerrilla, son sometidos a interrogatorio y asesinados con modalidad de iconografía autocelebrativa, de hagiografía de la ejecución en armas”.

de estar “*impegnato in prima persona nella battaglia per ricostruire l'ufficio istruzione di Milano come un centro di lavoro giudiziario efficiente*”<sup>14</sup>. Ante el absurdo, su familia respondió con una lacónica carta abierta: “*abbiamo letto il vostro volantino: non lo abbiamo capito*”<sup>15</sup> (pp. 162-163).

Estos hechos no fueron desviaciones prácticas. Uno de los dos mayores ideólogos del *brigatismo*, Mario Tronti, había afirmado que “*la lotta contro il padrone è tutto*”<sup>16</sup>, que “*niente per noi è futuro*”<sup>17</sup>, que las profecías de una sociedad comunista perfecta “*ci sembrano oggi cose sporche come l'apologia di un passato vergognoso*”<sup>18</sup>; mientras el segundo, Toni Negri, afirmaba que “*la lotta di classe costruisce materialmente la distruzione dell'ordine esistente*”<sup>19</sup> (pp. 166-167).

A este punto, la “*lotta politica degrada a puro uso della forza, fine a se stessa*”<sup>20</sup> (p. 173); cuarta tesis que aspira a trascender el interlocutorio y ser definitiva. El terrorismo nada tiene de político; es una “*ribellione assoluta (...) celebrata in nome di una libertà, che appare invero patologicamente intesa come pretesa violenta di distacco estraniante dal reale*”<sup>21</sup> (p. 180), tal como confirma la macabra lírica de Negri: “*sento l'intensità del salto (...)ogni volta che mi libero attraverso la distruzione*”<sup>22</sup> (p. 168). La más vulgar delincuencia, que ni siquiera es eficaz porque carece de toda finalidad, se trans-

forma en “*fatto rivoluzionario di per se stesso*”<sup>23</sup> (p. 188).

El libro se cierra esbozando la relación entre el terrorismo comunista y el islámico, hermanados en el propósito destructivo de un enemigo absoluto, partiendo de una ya demostrada influencia teórica del marxismo soviético en los orígenes de la guerra santa contra occidente (citando a Murawiec, De Benoist, Von Mises, Bauer; pp. 195-200). Los une el nihilismo, el odio al hombre y a la realidad.

Aunque sorprendentes, las conclusiones de Berardi son el único modo de explicar lo que de otro modo resulta inexplicable. Sin ir más lejos, no existe objetivo político, por noble que se lo crea, capaz de justificar sesenta disparos de una mujer sobre la espalda de un cabo de ejército herido, como aconteció en el homicidio del general Carol Urzúa en 1983. El libro de Berardi demuestra con hechos concretos que los términos “política” y “violencia” se excluyen mutuamente; que cada vez que se utiliza la violencia, la política desaparece y queda solo una burda exaltación del mal. Que, por lo mismo, el terrorista no es un militante político, sino un delincuente común groseramente sanguinario. Que pese a la propaganda, no hay heroísmo que admirar en las “gestas” de Toni Negri o del Che Guevara, pues no cabe confundir con altruismo de una causa política errada la simple masacre de inocentes.

GONZALO LETELIER WIDOW\*\*\*

Doctorando en Derecho,

Universidad de Padua

Profesor auxiliar de Filosofía del Derecho,

Pontificia Universidad Católica de Chile

<sup>14</sup> “empeñado en primera persona en la batalla para reconstruir la oficina de instrucción de Milán como un centro de trabajo judicial eficiente”.

<sup>15</sup> “Hemos leído su panfleto; no lo entendimos”.

<sup>16</sup> “la lucha contra el patrón es todo”.

<sup>17</sup> “para nosotros, nada es futuro”.

<sup>18</sup> “nos parecen hoy cosas sucias como la apología de un pasado vergonzoso”.

<sup>19</sup> “la lucha de clases construye materialmente la destrucción del orden existente”.

<sup>20</sup> “la lucha política se degrada a puro uso de la fuerza, fin de sí misma”.

<sup>21</sup> “rebelión absoluta (...) celebrada en nombre de una libertad que en verdad aparece patológicamente entendida como pretensión violenta de separación enajenante de lo real”.

<sup>22</sup> “siento la intensidad del salto (...) cada vez que me libero a través de la destrucción”.

<sup>23</sup> “hecho revolucionario por sí mismo”.

\*\*\* Licenciado en Humanidades, Universidad Adolfo Ibañez, doctorando en Derecho Universidad de Padua, Profesor de Filosofía del Derecho, Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo electrónico: gleteli@uc.cl